

F E R N A N D O B A Ñ Ó

Esther Vizcarra

Fotos: Judith Vizcarra y Archivo

Es difícil llegar directamente a la ópera cuando se es joven y Fernando Bañó no iba a ser una excepción. Prestaba poca atención a las óperas que escuchaba su familia y cantaba muy bajito en la coral infantil, por simple timidez. Lo que en realidad le gustaba siendo adolescente eran los Beatles y la guitarra, más desenfadada, más ligera... a pesar de lo cual no tuvo más remedio que aceptar que la Novena Sinfonía de Beethoven molaba, cuando uno de esos líderes que tienen todos los grupos de jóvenes se la dio a conocer como una pieza extraordinaria, poniendo las bases de su afición a la música sinfónica. ¿Y lo de cantar? Cosas que trae la vida. Un amigo le había pedido a su padre que le diera clases —el nombre de Fernando Bañó suena a ese otro gran tenor que fue el anterior Fernando Bañó— y fue entre el Do y el La de

una de aquellas clases que le dijo al hijo: "Prueba tú a ver..." y así empezó todo, porque su voz tenía cualidades que ya no pudo resistir la tentación de aprovechar: "todas las voces de hombre tienen una tesitura concreta que va de un La a un Fa, cuando llegué a ese tope, mi padre me enseñó cómo subir más, y yo pude subir fácilmente mientras que mi amigo no acababa de poder atravesar esa frontera". Una parte de su herencia la tenía en la garganta y ya vinieron las vocalizaciones, bajo la atenta supervisión de su padre, que le animaba, porque veía facultades en el chico, que además tenía musicalidad. En casa de Pilar Mompó, su profesora, aprendió a cantar de todo, del moderno al clásico, y con Gregorio Casasepere, en la Coral, empezó a hacer solos. Hasta entonces no le había dado importancia al hecho de ser hijo de un tenor.

ERA UN CHICO de provincias de diecinueve años que llegaba a la capital después de haberse sentido atraído por la aparición en televisión de Lola Rodríguez de Aragón, directora de la Escuela Superior de Canto de Madrid: "Yo llevaba la técnica española del maestro Francisco Andrés Romero, ya fallecido, pero que todavía no había sido divulgada por Alfredo Kraus". Los profesores de Madrid enseñaban a sus alumnos como si fueran italianos, y dicho así hasta parece interesante, pero no lo era: "La técnica española viene condicionada por el idioma. Las vocales españolas están muy impostadas por ellas mismas, las pronunciamos hacia arriba. En cambio los italianos las abren, como hace el catalán. El italiano basa su técnica en el sonido aclarado, y cuando llegan a los agudos no tienen más remedio que utilizar la cobertura. El español, en cambio,

ya tiene la cobertura hecha por la posición de la vocal en el cráneo, necesita una técnica diferente que prescindiera de la cobertura, mi padre nunca me habló de la cobertura de los sonidos". Las cosas nunca son tan absolutas como parecen y por ello hay que matizar que la técnica española actual tiene algo de la italiana y viceversa: "Mi padre no, tenía la técnica totalmente española, cantando se parece más a Fleta que a Kraus".

Después hay una técnica que no es técnica —en opinión de Fernando Bañó— y se coloca la mano en el estómago para explicarlo mejor: "Apoyar, articular, bajar la mandíbula, pensar en el sonido alto y basta. Lo malo es que los conservatorios están llenos de profesores que enseñan así, profesores que no han podido sacar a un buen cantante en toda su carrera. Alfredo Kraus fue profesor honorario de la Escuela Superior de Canto de Ma-

drid y se marchó enfadado, porque se daba cuenta de que algunos alumnos retrocedían en lugar de avanzar. El pretendía que los profesores también acudieran a sus clases magistrales, considerando que siempre se puede aprender, y no lo hacían. Los profesores tienden a pensar que saben lo que hacen".

MADRID ERA MADRID, PERO NO LA PANACEA

"De la técnica que yo llevaba a lo que encontré en Madrid había un mundo y allí no fui a más sino a menos. Mi ideal hubiera sido cantar como un Alfredo Kraus, o como mi padre cuando cantaba Las Marinas, pero yo iba de un profesor a otro sin acabar de ver el camino para llegar a esa comodidad vocal. Conocí entonces a Montserrat Alavedra y le expresé mi pesar por lo que me estaba sucediendo. Ella me dijo que el profesor que yo buscaba estaba en Barcelona, me vine para ponerme en